Revista Agustiniana 178-179 (2018) 215-242

SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA
CONCIÓN 332 [1]

Santa María Magdalena

Dilexit multum
Amó mucho (Lc 7,47)

Introducción

1. Otorguemos a las cosas la misma estima que Dios les otorga

1. Siendo el Creador el único que tiene conocimiento exacto de las cosas creadas, penetrando en ellas por todas partes y comprendiéndolas en su peso y medida (Sab 11,21), él de hecho *lo abarca fuertemente todo de un cabo a otro* (Sab 8,1); él mide con su inefable sabiduría las condiciones, las perfecciones y cualidades de todos los seres y pesa en la balanza infalible de la verdad los méritos de cada uno. Así pues, lo mismo que es el único hacedor, es también el único capaz de comprenderlo todo. Cada cosa, pues, debe ser apreciada en lo que la aprecie el juicio o criterio divino o en lo que él dictamine que es. *Pues* –como dice el Apóstol– *no es aprobado quien se recomienda a sí mismo, sino aquel a quien Dios recomienda* (2Cor 10,18), y sin duda alguna se ha de considerar dignísimo de alabanza aquel que mereció ser ensalzado por palabras elogiosas de Dios.

2. Diversos elogios hechos por Jesucristo

Leemos por cierto en el Evangelio que algunas personas fueron elogiadas por el Señor. A Natanael, que venía a su encuentro, lo alabó por su sencillez

[1] Santo Tomás de Villanueva, *Obras Completas*, vol VIII (2-3), BAC, Madrid 2014, pp. 102-151.

y sinceridad de corazón, diciendo de él: *He aquí a un verdadero israelita, en quien no hay doblez* (Jn 1,47).

A un cierto centurión lo elogió sorprendido por su mucha fe, comentando: *Os digo de verdad, no he encontrado una fe tan grande en Israel* (Lc 7,9). Elogió al apóstol Pedro por su conocimiento de un misterio oculto y por sus luces: *Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás*, etc. (Mt 16,17). Pone por modelo de fe y de perseverancia a la Cananea, diciéndole: *¡Mujer, grande es tu fe!* (Mt 15,28). Y a Magdalena, como hemos oído en el Evangelio, que deshecha en lágrimas en casa del fariseo, abrazaba y besaba entre gemidos los pies de Jesús, la recomendó por su ardentísimo amor, pronunciando aquellas palabras del tema: *Ha amado mucho*.

Así pues, cada una de estas personas debemos creer que destacó y alcanzó la excelencia en la virtud, por lo que fue elogiada en público por el testimonio del Señor y propuesta como ejemplo a los demás. Sabía en efecto muy bien lo que hay en el hombre el que hizo al hombre; y en el hombre sólo había justamente la virtud y la gracia que él había depositado.

3. La caridad es la más importante de las virtudes

2. Ahora bien, la caridad o amor de Dios es, respecto a las demás virtudes, lo que el oro respecto a los otros metales. Lo mismo que el oro aventaja a todos los metales en belleza, estima y valor, así también la caridad, o incluso más, supera en perfección y excelencia al resto de las virtudes, porque, sin la caridad, todas las otras virtudes o no valen nada o son de escaso valor, según testimonio del Apóstol: *Aun cuando yo hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles,* etc. *y aunque tuviera el don de profecía y penetrase todos los misterios y todas las ciencias; cuando tuviera toda la fe, de manera que trasladase montañas, no teniendo caridad, no soy nada* (1Cor 13,2ss). Es decir, todas estas virtudes, sin la caridad, no sirven de nada. En cambio la caridad por sí sola –como concluye Agustín– es todas las virtudes en cuanto a los frutos y efectos de la virtud, se entiende. Ella es, a la hora de creer, fe; en la confianza, esperanza; en la victoria, fortaleza; paciencia al tolerar; clemencia en la compasión; mansedumbre al aguantar; generosidad al dar; justicia en la igualdad, humildad en la humillación; y en suma, en todo proceder ejercita todas las virtudes.

Observa lo claramente que lo insinúa el Apóstol: *La caridad* –escribe– *todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. La caridad es paciente, es bondadosa, no tiene envidia, no presume ni se engríe, no hace nada ignominioso, no busca sus intereses* (1Cor 13, 7.4-5). Estos actos aquí enumerados son característicos de otras virtudes, y la caridad se los apropia todos.

Consulta a la experiencia, y esto lo verás más claro que el día. Cuando alguien ama afectuosamente a otro, se fía en todo de él, le confía lo que para él es de más valor, con él reparte todo con generosidad, le perdona sus fallos, pone en sus manos todo lo que él ama; no siente celos de su gloria, no le arrebata su fortuna, no pretende agraviarle y por él soporta cualquier ofensa, arrostra todos los peligros, se atreve con todos los trabajos, y su amor no lo derriba ni la misma muerte: *Porque el amor es fuerte como la muerte* (Cant 8,6).

¡Oh poder inmenso de la caridad! ¡Oh fuerza invencible del amor! ¿Qué hay que tú no puedas? ¿A qué cosa no te atreves? ¿Qué obstáculos no superas? ¿Qué hay que tú no abarques? ¡Oh amor, más fuerte que todo lo fuerte, más poderoso que todos los poderes! ¡Y tanto más, cuanto más tierno y amable te muestras!

Porque tú lo sometes todo a tu mando, no a mano armada y por la fuerza, sino con la suavidad interior de tu dulzura, y, de modo admirable, obligas, sin violentar, a que todo se te someta, buscando que todo te rinda tributo. La caridad, como reina, desempeña, ella sola, a su albedrío, el oficio de todas.

4. La caridad es el mayor don de Dios

3. La caridad es no solamente la más excelsa de todas las virtudes, sino también el mayor de los dones de Dios. Mira qué opulenta, qué rica y qué exquisitamente dotada de toda suerte de bienes está la casa de Dios, rebosante en tantos y tantos tesoros y carismas. Yo te aseguro que, si llegas a conocer a fondo todos los tesoros celestiales y todos los inmensos archivos de las riquezas de Dios, no encontrarás nada más valioso, nada más espléndido, nada más apetecible que el amor de Dios. Sin discusión, el mayor de todos los bienes y beneficios que Dios puede otorgarnos es el amor a él. Que pidan otros el don de profecía, otros la ciencia, otros la fe o la castidad, otros la humildad, otros lo que buenamente les plazca: tú, pídele la caridad, el amor a él, porque *el más excelente de todos es la caridad* (1Cor 13,13).

5. Por la caridad poseemos a Dios

Y la razón de esto es porque, por muchas cosas que te dé Dios, si no te da su amor, se te ha negado a sí mismo, pues el hombre en este mundo sólo por el amor posee a Dios, y justamente poseerlo es amarlo. Así pues, el amor hace tuyo a Dios, lo hace posesión tuya y herencia tuya: y por mucho que tengas, si no tienes amor, tampoco tienes a Dios, ni gozas de él, porque en esta vida goce y amor son la misma cosa. ¿Y de qué te sirve tenerlo todo y no tener a Dios?

En consecuencia, así como Dios no puede otorgaros nada más excelente que él, así tampoco entre sus dones hay otro más excelente que aquel que es el único en darnos a Dios y su posesión.

Y para que esto se vea con más claridad, supongamos a modo de ejemplo, que, hablando del poder absoluto de Dios, sea factible que la visión beatífica y el goce de la visión beatífica se den por separado en individuos distintos, de tal modo que uno vea a Dios y sin embargo no lo ame; otro, en cambio, lo ame aunque no lo vea, aunque sí sepa que el amor no puede recaer sobre lo desconocido: es claro que ninguno de estos dos es totalmente feliz, pues el que solamente ve, no disfruta de lo buenísimo que está viendo, y el que solamente ama, no se aquieta hasta que no vea lo que tan apasionadamente ama.

Nuestra felicidad y bienaventuranza, en efecto, o se basa en las dos cosas, (es decir, en la visión y en el amor de Dios), o al memos ambas cosas son necesarias para hacer completa la felicidad. Ahora bien, por más que, como hemos dicho, ninguno de estos dos sea completamente feliz, yo, si debiera escoger, elegiría amar sin ver, antes que ver y no amar. ¿Qué pasaría si viera y no amara? Con eso ni soy grato a Dios, ni amigo suyo, porque la gracia es amor, o, si falta el amor, no existe. Ahora bien, si amo, aunque no vea, soy amigo de Dios.

4. Y para dar remate a lo que traemos entre manos, es evidente que cuanto más importante es aquello en que uno destaca o sobresale, tanto más digno y brillante debe ser considerado.

Porque es algo grande destacar incluso en las cosas pequeñas y modestas, pero sobresalir en las cosas grandes y difíciles, es ya brillante y glorioso por demás. Tenemos un clarísimo ejemplo de esto en las Artes, en las que cuanto más perfecta es la disciplina en la que uno es famoso y destaca como artista, tanto más aventaja ese artista sobre otros de otras artes, incluso famosos y muy conocidos.

6. Grandeza de María Magdalena

Según esto, ¿qué piropo más grande, más honroso, más afortunado puede decirse, en elogio de María Magdalena, que aquel tan resumido y compendioso, condensado por la Verdad en persona en las palabras del tema, atestiguando de ella que *amó mucho*?

Pues ¿qué significa decir *Ha amado mucho*, sino que sobresalió y destacó en lo más importante y más grande que hay en toda la casa de Dios, ya en el cielo, ya en la tierra, y en lo que importa sobre todas las cosas? María, en efecto, escogió para ella lo mejor (Lc 10,42). Es grande todo aquel que lo es en

alguna virtud, pero es grandísimo, el que es grande en la mayor de las virtudes. Aunque yo pasara los días y las noches dándole vueltas a la Escritura entera y con entrega y dedicación me deshiciera en alabanzas a esta santa mujer, en mi larguísimo sermón no podría aportaros o añadiros, en elogio suyo, nada que os hiciera ver su dignidad y su grandeza como aquella tan breve concreción de dos palabras recogidas en el tema: *Amó mucho*. Porque es totalmente cierto que, si amó mucho a Dios, fue también muy amada por él; y cuanto más amada, tanto más ensalzada y glorificada entre los demás. Así pues, aceptad como testimonio único y segurísimo de su grandeza y de su gloria, éste que pronunció para nosotros el oráculo divino: *Amó mucho*.

Estructura de la exposición

5. El sermón tendrá dos partes: En la primera, hablaremos de los motivos del amor; en la segunda, de las señales del amor.

En la primera parte, daremos a conocer por qué razones *amó mucho* esta gloriosa mujer; en la segunda, con qué señales e indicios ha demostrado que *amó mucho*.

Motivos para amar a Dios

6. El real Profeta, meditando en su interior lo obligado que estaba por todos los conceptos al amor de Dios, decía: *Te he amado, Señor, mi fortaleza*, etc. (Sal 17,2). *Yo te he de amar* –dice– *y te amaré* con todo el corazón, y con todo el ímpetu de mi alma *te he de amar,* y desde lo más íntimo de mi ser, *yo te he de amar*. ¿Y por qué *te he de amar*? ¿Tal vez sin motivo? Continúa el salmo: *Tú eres mi fortaleza, mi roca, mi alcázar, mi libertador; mi Dios, mi auxilio, mi protector, mi fuerza salvadora, mi baluarte* (Sal 17,3). ¿No es justo que por todo esto yo te ame? ¿No tengo poderosos motivos y razones para quererte? ¡Oh Dios mío, misericordia mía, gloria mía, corona mía, que por doquier me fuerzas y por mil motivos y razones me estimulas a quererte, sin que mi corazón baste para pagar tan elevada deuda de amor! Por eso, tú que por todas partes me obligas y me fuerzas con tus beneficios, discúlpame de esta obligación de amarte infinitamente: tú que me diste esta deuda contigo, dame también con qué pagártela, porque si yo no soy digno de amarte, tú, sin embargo, Señor, eres dignísimo de ser amado por mí. Añade, pues, a tus dones el don del amor, para que con tu regalo te pague yo mi deuda. ¡Qué maravilla! La misma paga es una obligación nueva; al pagarte, contraigo otra deuda; me impones una carga al descargarme, oh Dios, y cuando por don tuyo te pago el amor que te debo, por el regalo de tu amor me veo convertido en deudor mayor. ¿Por qué, entonces,

amago con pagar si no es porque, al deberte muchísimo, me es muy grato convertirme en todavía mayor deudor tuyo? Así que te amaré, Señor, de todas las maneras y sin límites, porque límites no tiene lo que tú hiciste por mí. No fijaste medida a tus favores, no pondré yo medida a mi amor, sino que, hasta que pueda y con todas mis fuerzas y con todo el vigor de mi alma, te he de amar.

Tengo grandes deseos, Señor, de entender y comprobar cuánto te debo, pero tus dones no pueden entenderse sin tu inspiración, según nos dice tu Apóstol: *Pues nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que es de Dios, a fin de que conozcamos las cosas que Dios nos ha concedido* (1Cor 2,12). Infunde, pues, tu Espíritu en mi corazón y llegaré a comprender tu don, pues recibir un beneficio e ignorarlo supone una tacha no pequeña de ingratitud. Porque ¿cómo puede ser agradecida una persona que ni reconoce aquello que debe agradecer? Dame, pues, Señor, sentir y entender los motivos y razones que me obligan y arrastran a quererte, para que de ese examen y *con mi meditación se encienda el fuego* (Sal 38,4) de tu caridad y mi frío corazón se despierte a tu amor.

7. Siendo innumerables los motivos que nos provocan al amor de Dios, hay sin embargo tres principales razones que nos obligan a ello. Primero, porque es justo; segundo, porque es algo debido; tercero, porque es provechoso. Ésas suelen ser, por lo demás, las razones comunes para querer a una persona: pues, o se la quiere porque, al destacar por sus virtudes y buenas obras y estar adornada de carismas, aparece amable y merecedora de afecto, o porque ella misma nos ama a nosotros, o porque su amistad nos es de provecho. Todas estas características se dan de modo eminentísimo y principal en Dios.

I. Amar a Dios es una acción razonable

Pues, ¿quién hay más digno de amor que Dios? ¿Quién más excelente? ¿Quién más perfecto? ¿Quién más glorioso? Aun cuando Dios no nos hubiera dado nada, aunque no hubiera padecido por nosotros, ni nos hubiera hecho promesa alguna, sólo por lo que es, es digno de todo nuestro amor, porque, en efecto, su excelencia infinita es merecedora de un amor también infinito. El amor, al decir del Filósofo, es por definición una cierta inclinación natural al bien; por eso, cuanto mejor es un ser, tanto más digno es de amor.

Por eso, el primero y más grande de los bienes, aquel en quien reside todo bien, ¿con qué amor deberá ser tratado? Dime, te ruego, alma mía: ¿hay algo que te pueda complacer y no lo encuentras en tu Dios? Si te gusta la sabiduría, él es sapientísimo; si el poder, él es todopoderoso; si la belleza, él es *el resplandor de la luz eterna y un espejo sin mancha* (Sab 7,26; Heb1,3); si las riquezas,

en su casa hay riquezas y abundancia de todo (Sal 111,3); si el placer y la vida, *hay abundancia de goces infinitos en su diestra* (Sal 15,11) y *su deseo es que vivas* (Sal 29,6). Agranda la tienda de tu corazón, extiende los pliegues de tus deseos, y todo cuanto te apetezca, deséalo, ansía todo cuanto puedas: todo eso está en él, en él está más de lo que seas capaz de apetecer.

1. Desgracia de aquel que se deja poseer por las cosas de la tierra

Entonces ¿por qué andas mendigando, miserable, sedienta y vagabunda, en la vaciedad de las criaturas, unas gotitas de agua para calmar tu sed y abandonas la fuente misma de aguas vivas que se te brinda espontáneamente? *Me abandonaste a mí* –te diré–, *que soy fuente de agua viva y te excavaste cisternas rotas, que no pueden retener las aguas* (Jr 2,13).

Te equivocas, ciertamente te equivocas, desdichada, porque precisamente esas cosas agradables, que tú con tanto ardor andas buscando, no calman la sed, sino que la excitan; no la quitan, sino que la aumentan, y como ocurre a los hidrópicos, cuanto más bebes, con más sed te quedas.

Ahora bien, ¿por qué sentimos tanta sed de estos placeres terrenos y viles, sino porque no probamos los del cielo, mucho mejores? Porque uno que ha probado con frecuencia aquellos puros y limpios placeres del espíritu y los goces auténticos del alma, no sólo deja de amar los bajísimos y abyectos deleites del cuerpo, sino que además los aborrece y detesta. Pues una vez que se ha sacado el gusto al espíritu, toda carne se vuelve insípida.

2. Esta desgracia tiene su fuente en la ignorancia de Dios

¡Ojalá, Señor, ojalá que hubiera tocado en los ojos de nuestra mente siquiera un levísimo rayo de tu hermosura, para que, al menos bajo una nube y entre sombras, apareciera a nuestra vista el esplendor de tu grandeza, porque con su calor arrastraría al instante hacia sí nuestra alma como si fuera vapor, y la dejaría toda inflamada con el fuego de tu amor y quedaría ardiendo! Pues ¿por qué no te amamos, sino porque no te conocemos? Nuestra ofuscación es la causa de este hielo, porque es imposible que no te ame el que de verdad te conoce. Así que, Señor, *haz brillar tu rostro sobre tu siervo* (Sal 118,135), para que *de tu rostro brote tu amor* (Sal 16,2), puesto que *has puesto nuestro siglo ante la luz de tu cara* (Sal 89,8), para que nadie pueda subir allí, al verdadero siglo de tu eternidad, sin antes haber sido iluminado con tu luz en este siglo nuestro. *Dame*, pues, *inteligencia, y tendré vida* (Sal 118,144).

Da ojos a mi mente, sentimiento a mi corazón, para que vea el resplandor de tu bondad, porque el ojo, nada más verte, se encuentre en deseos de ti. Así leemos efectivamente en Juan de uno *semejante al Hijo del hombre, vestido de ropa talar, cuya cabeza y cabellos eran blancos, y sus ojos como llamas de fuego* (Ap 1,13-14). Así es en verdad: el ojo que ve a Dios está hecho fuego, y la misma visión de la luz verdadera es abrasada por las llamas del amor divino.

Así que, como hemos dicho antes, no hay otra cosa responsable de nuestra frialdad sino la falta de visión mental. Pero ¿cómo va a tener ojos para ver la eternidad el que empleó toda su vida en mirar cosas temporales y fugaces? ¿Con qué ojos mirará aquella *luz inaccesible* (1Tim 6,16) el que durante todo el tiempo de su vida se acostumbró a las tinieblas y a la oscuridad? Tienen ojos, pero no ven la luz, porque los envuelven las tinieblas. *Decidieron* –dice el salmo– *clavar sus ojos en la tierra* (Sal 16,11), ¿cómo van a traspasar los cielos?

3. Toman la decisión de alejarse de Dios

Era poco para ellos tornar sus ojos a la tierra, tenían que hacerlo además por acuerdo. *Decidieron* –dice–. ¡Oh desdichada decisión! ¡Qué malvado acuerdo! *Decidieron* clavar los ojos en las vanidades, alejarlos de la verdad. *Decidieron* rebozarse en el cieno de vil placer y *sellaron un pacto con la muerte* (Is 28,15), y establecieron una alianza con el infierno. Porque, en efecto, no son malos ni frívolos por accidente, sino por decisión de su alma y por resolución de su mente tras una larga deliberación y examen.

Es que *de las carnes les rezumaba la maldad, su corazón les rebosaba de malas ideas* (Sal 72,7), y decían a Dios: *Apártate de nosotros, que no queremos saber nada de tus planes* (Job 21,14). Nosotros correremos tras esos deseos nuestros y haremos nuestros caprichos; porque ¿qué provecho vamos a sacar de servirle a él o qué paga nos va a dar por nuestros trabajos?

Sin embargo, yo os pido por favor, hermanos, si es que todavía queda en vosotros algún rastro de piedad, algún sentimiento de caridad, algún interés por vuestra salvación, algún recuerdo del Redentor y de su amor, si tenéis todavía algún deseo de la vida celestial, absteneos de una vez, dejaos ya de frivolidades, *cesad de obrar mal* (Is 1,16), dejad de entregaros al desenfreno, marchando tanto tiempo por caminos errados. No os vayáis tras las vanidades, que nada os aprovecharán. Aplicaos a lo eterno, suspirad por las cosas del cielo, aprended a enamoraros de lo auténtico y menospreciad los bienes engañosos y hueros de este siglo que se esfuma. Ya lo veis, han pasado muchísimas cosas que deseasteis malamente, *¿y qué frutos recogisteis entonces?, decidme. Aquellos de los que ahora os avergonzáis* (Rom 6,21).

4. Y sin embargo siempre permanece en nosotros el deseo de amar a Dios

8. Pero reanudemos ya nuestro plan. He preguntado a veces a mi corazón y he requerido a mi alma que me dijeran si amaba yo a su Dios, si amaba realmente a esta belleza indescriptible que es Dios. Y mientras examinaba minuciosamente los más íntimos rincones de mi alma, me di cuenta de que aún no había hecho méritos para amar, sino que solamente quería amar, pues *mi alma desea ardientemente desear* (Sal 118,20). Pero ni siquiera había hecho méritos para amar esto afectuosamente, pues ¿quién hay que consiga aquellos tiernos sentimientos del amor, y los dulces besos del Esposo, y sus anhelados abrazos? ¿Quién hay preparado para esto? Así que, como una esclavilla despreciable, alejada todavía bastante del trono del Esposo celestial, escuchaba como podía su palabra a lo lejos, entre suspiros del alma y, como dice el Profeta, *cual asna salvaje, avezada al desierto, en el ardor de su celo olfateaba el aire de su amor* (Jr 2,24). Y si alguna vez se le permitía acercarse más y llegaba a ver más claramente la belleza de su amado, en su interior sólo resonaba este gemido, sólo este clamor: Perdona, Señor, disculpa, Señor, porque ahora veo claramente que nunca te he conocido; ahora sé con certeza que, de verdad, nunca te he amado. ¿Qué hacer entonces? *Daré vueltas por barrios y plazas,* por ver si de casualidad *encuentro al amor de mi alma* (Cant 3,2).

Me apartaré de la compañía de los hombres y de los líos de este mudo, y me introduciré en el vasto desierto, a ver si allí al menos se digna aparecérseme *aquel que yo quiero.*

5. No es necesario retirarse a la soledad para encontrar a Dios

Y mientras discurría todo esto y le daba vueltas en mi mente, me di cuenta de que la búsqueda de lugares como éstos es propia de alguien todavía inexperto y de un espíritu inseguro, pues, si en el alma hubiera un conocimiento cabal de Dios, en todas partes, hasta en medio de las encrespadas olas del mundo y en el choque de tentaciones en avalancha, incluso en las algaradas y en las tormentas, aun encerrado en la cárcel o condenado a muerte, herido entre una lluvia de palos, en medios de las trifulcas de los hombres que se pelean, aun allí, permanecería mi corazón fijo en el Señor, clavado en él, sin que cosa alguna ni circunstancia fuera capaz de enfriarlo en su amor.

6. Encuentra a Dios en tu corazón

¿Para qué andar buscando lugares remotos? ¿Para qué dar vueltas inútiles? La palabra está cerca, en tu corazón. Está cerca el amor que deseo; hay que bus-

carlo en los resquicios del alma, no en las extensas soledades. ¿Buscarlo, diré, o pedirlo? Porque, a decir verdad, este amor divino no se encuentra buscándolo de cualquier manera, antes bien lo concede de regalo la amabilidad de Dios al alma sedienta y al espíritu que lo desea. Dios, en efecto, se manifiesta a nuestro corazón como él quiere y cuando él quiere. Y *que es buscado* no significa algo así como que se le encuentra utilizando nuestra habilidad en la búsqueda, sino que por beneplácito suyo se hace ver del alma que lo busca.

9. En este punto, acontece que muchas veces, después de una búsqueda extremadamente larga y un anhelante rodeo del corazón, nuestra alma queda con frecuencia fría y como defraudada en su ansiado amor. Y cuando más segura está y menos cuidadosa, incluso soñolienta, entonces, no sé qué fulgor de luz radiante y un como rayo vibrador de la verdad divina restriega de repente los ojos del alma y la enardece con un calor súbito, más de lo que se puede creer. Y cuando intenta, alegre y gozosa, abrazar y retener, con los brazos abiertos y llena de emoción interior, aquel rayo de vida, de pronto se quita de en medio y deja los brazos vacíos y engaña a las manos sin nada, burladas en su afán de sujetar, dejando al alma herida y llagada de amor y gritando tras el que se va: *¿Adónde te vas, amado mío? Vuélvete*, por favor, *amado mío, vuélvete, asemé-jate a la gacela y al cervatillo en los montes de Beter* (Cant 2,17). ¿Por qué engañas a quien te ama? ¿Por qué huyes del sediento? ¿Por qué abandonas al que ávidamente te busca? Me has herido, y escapaste; apareciste, y te retiraste; ¿por qué no esperaste a que te abrazara tu amada? ¿Por qué no esperaste a quien deseaba hablar contigo de muchas cosas? ¿Viniste acaso a eso, a herirme de amor y escapar? ¿Para esto te dejaste ver, para engañarme?...Y sobre esto nada más.

II. Amar a Dios es una deuda

10. La segunda razón y motivo para amar a Dios es porque se trata de una deuda, y deuda múltiple. Sobre todo por dos razones: Primera, porque, como dice el Apóstol, *el labrador que brega debe ser el primero en comer de los frutos* (2Tim 2,6). Y el que plantó un árbol o una viña, es justo que coma de sus frutos.

1. Dios tiene derecho a tu amor

Dios te hizo capaz de sí en entendimiento y en voluntad, a fin de que lo amaras entendiéndolo, y amándolo disfrutaras. Luego con toda justicia exige de ti el fruto de tu entendimiento y de tu voluntad, debido a él por haberte dado tales y tan grandes facultades y haber plantado en ti las potencias con las que

puedes no sólo captarlo, sino además amarlo después de captado. Es decir, que debes el tributo del amor al que te dio la facultad de amar.

2. Amar a Dios es una honra para ti

11. Pero no me siento capaz de admirar bastante y estoy lleno por completo de estupor. Oh Señor mío, ¿qué es eso de que quieres ser amado por mí, hasta el punto de amenazarme con la muerte y suplicios eternos si no te amo? ¿Tanto aprecias mi amor? ¿Quién soy yo para que estimes tanto que te quiera?

Entre tantos y tan importantes ejércitos de espíritus celestiales y una tan espléndida y brillante multitud de amadores tuyos, no sólo no desprecias, oh Señor mío, el amor de este despreciable y vil gusanillo, sino que encima lo reclamas bajo amenazas y terribles castigos, y mandas que se te tribute a ti como algo grande y de valor. Esto es mucho para mí, gloria mía, es mucho para mí que me aprecies tanto. *¿Qué es el hombre para que lo magnifiques tanto?* (Job 7,17). *¿Qué es el hijo del hombre para que así pienses de él* (Sal 143,3). Yo, que soy por mí mismo poca cosa, sólo en estimación tuya soy grande, y mi valía no está en mi persona, sino en tu aprecio, y mi peso es tu gracia: *Porque gracias a ti soy lo que soy* (1Cor 15,10). Mucho me honras, por tanto, cuando quieres que yo te ame así.

3. Amar a Dios nos salva

Pero ya entiendo, Señor, que con mi amor no buscas tu provecho, sino el mío. En resumen, que tú quieres ser amado por mí para mi bien y porque tú me amas, y por eso quieres que yo te quiera, pues ves que mi vida consiste toda ella en tu amor y por eso quieres ser amado por mí, para que yo tenga vida amándote. Te afecta, efectivamente, Señor, y te afecta muchísimo mi perdición, porque soy obra tuya y hechura tuya, redimido por ti a precio tan alto de tu sangre, así que no quieres que perezca una mercadería de tan alto precio; y yo hago contigo una no pequeña injusticia desfigurándome a mí mismo con los crímenes y mancillando con pecados mi alma, por cuya salvación no tuviste reparo incluso ni en morir. Así que por eso buscas con tanto rigor el tributo del amor, para añadirle el beneficio nuevo de la gloria.

4. Dios nos ha amado primero

12. ¿Hay todavía otra razón de amor endeudado? La hay, y muy grande por cierto: porque tú también me amas, y me has amado primero: *No es que*

nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó primero a nosotros (1Jn 4,10).

Tú me amaste primero a mí, Señor, porque sin mérito mío ni obligación tuya me hiciste: pues, ¿qué había hecho yo por ti para que me hicieras, yo que ni existía? De entre tantísimas criaturas posibles que podías crear, te plugo sacarme a mí de la nada y no dar existencia a otras muchas mejores que yo. ¿Por qué eso, Señor? ¿Por qué razón? ¿Por qué motivo? ¿Con qué méritos? Ciertamente, por sola tu dignación y por el beneplácito de tu voluntad, que es la razón primera, la norma y la causa de todo lo que existe. Así pues, me creaste porque me quisiste; aquello otro no lo creaste, porque no lo quisiste: yo nada era, lo mismo que aquello. Por tanto, desde entonces viene ese amor tuyo a mí. ¿Qué digo? Desde toda la eternidad me has amado, porque desde la eternidad te pareció bien que con el tiempo me harías. Gracias, Señor, gracias *por haber sido de tu agrado que fuese así* (Mt 11,26).

Pero, ¿me amaste sólo por haberme hecho? ¡Qué va! Me amaste mucho más cuando, estando yo perdido, me rescataste.

Porque, habiendo sido hecho de la nada, sin mérito mío, por pecados míos *quedé reducido a la nada*, y estaba en tales condiciones que mejor fuera no haber nacido (Mt 26,24), *para arder y ser pábulo del fuego* (Is 9,4), salvo que tú me rehicieras dándome forma nueva. Y para esto, no enviaste un ángel, ni un querubín, ni un serafín, ni trono, ni poder alguno desde el cielo, sino a tu propio Hijo unigénito, consustancial y coeterno contigo e igual a ti, a que llevase a cabo la obra de mi redención. ¡Oh fuego admirable de caridad! ¡Qué detalle más estupendo de piedad! "Para rescatar al esclavo, entregaste al Hijo". *¿Qué podré hacer contigo, Efraín? ¿Qué haré contigo, Judá?* (Os 6,4). *¿Qué debí hacer por ti que no haya hecho?* (Is 5,4). Mira si queda todavía algo que pueda sumarse a esta tan exquisita piedad. El Hijo de Dios fue entregado a la muerte para que viviera el esclavo, el extraño, el hijo de la gleba, formado del barro. Habla, pues, oh cristiano; di algo, por favor, si tienes algo que decir o si te atreves, porque en esto, como decía Job, *por más que el hombre razone, quedará como abismado* (Job 37,20). Di, pues: ¿No debes amar a este amor? ¿No estás obligado a amar al que de esa manera te amó primero?

5. El amor se paga con amor

13. Escuchad, hermanos míos, con paciencia: prestadme atención y escuchad, porque estoy en realidad lleno de confusión y vergüenza y *me oprime el aire en el pecho* (Job 32,18), y *mi interior es como mosto que rompe las vasijas nuevas* (Job 32,19): estoy completamente avergonzado y confuso. Escuchad

por qué. En primer lugar, sabéis que el amor sólo con amor se paga, y *aunque el hombre diera por amor todo el caudal de su casa al que ama, lo tendrá por nada* (Cant 8,7), porque solamente con amor se paga el amor. Sabéis también, hermanos, que el amor es algo tan valioso que ni una persona vil y de baja ralea se envilece. Tú tienes, por ejemplo, en casa, de criado, a un etíope, comprado en cautividad. Él te quiere, y tú lo quieres y lo tratas correctamente. Si un amigo te dijera: Tú, persona libre y honrada, ¿cómo no tienes empacho en compartir con un esclavo etíope aquello que es en ti más precioso, a saber, tu amor? Tú, en seguida, a cara descubierta, darías cumplida respuesta al que así te recrimina, diciéndole: Él me quiere, no te asombres de que yo lo quiera, hace esto y esto por mí y en todo me es fiel, ¿qué extraño que yo lo quiera? ¿He de hablar yo o debo callar? Diré algo o cerraré la boca?

Perdóname, Señor: yo ciertamente me callaría si no fuera que tu justicia me impele a hablar en contra mía. Así que tú amas a un esclavo despreciable, deforme, a un negrísimo etíope; y no tienes a menos quererlo, ni desprecias su pequeñez y deformidad: ¿por qué? Porque él te quiere, porque te es fiel y útil. Y eso que este tan queridísimo esclavo no ha sido todavía flagelado por amor a ti, no ha sido todavía abofeteado, aun no ha sudado sangre, ni gustado la hiel, ni ha sido taladrado por clavos, aún no ha sido *lleno de heridas desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza* (Is 1,6); ni colmado de insultos, ni condenado a la muerte más infame.

6. Ingratitud de aquel que no ama a Dios

¡Ay, cristiano, habla, por favor, tú que llevas el título de cristiano sólo de palabra: desprecias en Cristo lo que no desprecias en un esclavo, y en el hijo del etíope amas al etíope, y lo amas mucho y lo amas con razón, porque él también te ama: y te ama Dios, y se abrasa en amor por ti, y muere por tu amor, ¡y sólo Dios y su amor es objeto de desprecio y no es considerado digno de ser recíprocamente amado! ¿Hay iniquidad mayor? ¿Hay ingratitud más pestilente? Ciertamente, si aquel etíope cautivo y deforme hubiera padecido por ti las cosas que por ti padeció el Hijo de Dios para rescatarte de la muerte y hubiese soportado lo que firmemente crees y confiesas que sufrió el Señor Dios tuyo, de majestad infinita, de hermosura y grandeza sin igual, sin duda que lo pondrías por encima de tu cabeza y lo venerarías como a un ser divino, como a tu propio libertador. Sin embargo, ahora crees todo eso del Hijo de Dios, ¿y te quedas frío? Y olvidándote de un regalo como ése, ¿permaneces así de indiferente para amarlo, así de estúpido para honrarlo, así de lento para servir-lo, como si todo aquello no hubiera sucedido? ¿No reaccionas, desdichado? ¿Crees o no crees? Si no crees, ¿por qué mientes llamándote cristiano? Y si crees, ¿por qué

no demuestras tu fe con las obras? (Sant 2,14ss). ¿Por qué opones resistencia a una piedad y un amor tan grandes? A decir verdad, tú profesas conocer a Dios, mas lo niegas con las obras (Tit 1,16), eres cristiano sólo por la fe y no por los hechos.

III. Amar a Dios redunda en nuestro interés

Y si para moverte a su amor no bastan ni su infinita excelencia y hermosura, ni los incontables favores de su piedad y su amor, de que te ha dado muestras, muévate al menos la gloria de la felicidad prometida, la que Dios tiene garantizada para los que le aman. Así pues, ama al menos por ti mismo, al que todavía no amas por él mismo, pues de su amor se ha de derivar un grandísimo e inefable provecho para ti; al que ama se le promete el reino de los cielos: Ama, y reina. ¿Y qué cosa hay más fácil que amar?, ¿qué más glorioso que reinar? El amor es agradable y deleitoso; el amor es dulce y tierno: nada en el amor es áspero, nada duro, nada trabajoso. No es necesario que te adentres en los mares, ni que recorras países, ni que des la vuelta a la redondez de la tierra: lo encontrarás dentro de ti, en tu corazón, en tus entrañas. Hay prometido un inmenso caudal de gloria a un trabajo placentero y gustoso: sería muy necio y un loco de remate el que, por ser descuidado en el amor, se perdiera reinar para siempre con Dios y con sus ángeles. Pensadlo, hermanos; si un emperador de este mundo prometiera hacer partícipe con él de su imperio y de su reino a todos los que lo amaren, ¿cuántos amadores encontraría en la tierra?

1. Dios no fuerza a nadie a amarle

14. ¡Y qué vergüenza! Dios, tan glorioso, de tanta valía, tan inmenso, anda buscando por todas partes personas que le quieran; llama a su lado a las almas que él creó, hace infinitos regalos y formula muchísimas promesas, y apenas encuentra, aun entre sus propias criaturas, alguien que le ame. ¡Qué perversidad la de las criaturas! Es echado fuera y rechazado con oprobio e injustamente por su propia criatura y es postergado prácticamente por nada, y ni siquiera mediante pago y recompensa es admitido en la estancia del corazón un huésped tan glorioso. ¿Qué le vas a responder, alma mía, cuando tengas que comparecer en el tribunal ante el juez, tú, tan procaz, tan obstinada, tan dura? ¿Ni a fuerza de ruegos, ni mediante pago te decides a abrir a tu Dios y señor y creador la morada de tu corazón? *Yo estoy a la puerta* –te dice–, *y llamando; si alguno me abre, entraré junto a él y cenaré con él* (Ap 3,20). ¿Por qué, Señor, estás a la entrada de mi aposento esperando mi autorización y mi acuerdo? *Si alguien quisiera abrirme*, me dice. Entra, Señor, en avalancha; abalánzate

sobre las oscuras cavernas de mi mente obtusa y rompe los cerrojos de hierro de mi encallecida conciencia y toma posesión, por derecho propio, de mi alma nunca doblegada. Porque mi alma es tu casa, tú la construiste para ti y con tus propias manos la hiciste: ¿Y quién hay que entre en su casa a base de ruegos o pagando? ¿Quién, para que lo reciban en su domicilio, se vale de promesas? Yo quiero que tú seas el dueño y no un huésped de tu morada, de mi corazón. Será para mí un placer ser vencido por ti, oh Señor, ser posesión tuya. Sin embargo, Señor, tú eres clemente y piadoso, y quieres ser recibido espontáneamente en tu casa.

Ábreme –suplica–, *hermana mía, amada mía; ábreme, paloma mía, inmaculada mía, porque está llena de rocío mi cabeza y del relente de la noche mis cabellos* (Cant 5,2). Estoy empapado del rocío de celestial suavidad, tengo a raudales gracias de toda clase. *Ábreme*, tierra reseca y baldía, tierra sin fruto, para que te empapes de mi rocío, y te riegues y fertilices con mis lluvias. Yo no preciso de tu trabajo, pero tú sí que necesitas de mi rociada. No renuncies a tu lozanía para que te vaya bien. Dime, por favor, ¿por qué me desdeñas y rechazas? *¿Yo qué te he hecho o en qué te he agraviado?* (Miq 6,3). Yo te he formado, yo te he redimido con mi propia sangre; yo he preparado para ti una gloria indescriptible, ¿por qué, dime, por qué me ninguneas? Abre los ojos y mira. ¿No soy yo acaso tu Dios, tu hacedor? *Ábreme, esposa querida.* Mira que te traigo, de mis tesoros del cielo, collares de oro, una clámide con pedrería, preciosos zarcillos, adornos valiosísimos; aquí tienes las arras y el anillo para alianza perpetua de matrimonio; traigo conmigo un innumerable cortejo de ángeles, a fin de que, como a esposa querida mía, te homenajeen, te honren y te quieran. No desprecies una gloria como ésta, no rechaces un honor tal alto.

2. Felicidad del corazón que se abre a Dios

A todo esto, el alma desventurada permanece inmóvil, pegada al suelo y envuelta en el barro del placer terreno, sumergida en el lodo del fondo, sujetada con fuertes cadenas, inmovilizada por el férreo peso de los vicios; y, extremadamente ciega y estólida, besa sus propias cadenas y las ama.

Y como si de pronto hubiera destellado en la cárcel tenebrosa de su perversa obstinación una pequeña chispa de luz sobrenatural para hacerle ver dónde se hallaba, entonces, como despertando de un profundo sueño, como si oyera a lo lejos la llamada a voces del Esposo, cegajosa y aturdida, se acerca con pasos desiguales a la puerta de su corazón; y el amabilísimo Esposo, *que está situado detrás de la pared nuestra* (Cant 2,9), *mete la mano por la hendidura* del deseo (Cant 5,4) que él mismo suscitó, y a su contacto *se conmovió el interior de mis*

entrañas, y llevada de esa conmoción, *corrió el pestillo* de la puerta para abrir al amado; el cual, una vez dentro, la colma de ternura y la llena de innumerables obsequios; la viste de virtudes y la enaltece con la caridad.

15. Nos hemos prodigado tanto en detalles, para poner de manifiesto los frutos y los premios del amor de Dios y para ver si, al menos con el aliciente de la recompensa podíamos encender el amor de Dios en nuestros tibios corazones. Sería extremadamente insensible el que ni ante la recompensa se decidiera a amar.

16. Pero tal vez a alguno le haya entrado la duda de si es lícito amar por el premio y por alguna utilidad derivada de ahí.

Porque, efectivamente, este afecto parece mercenario, y el que quiere de esa manera, parece que no ama a Dios sino al premio.

Porque el amor, en palabras de Bernardo, tiene recompensa, pero no la busca; es una disposición del alma, no un contrato; el premio del amor es el mismo ser amado, sólo con él se contenta y a sí mismo se basta. El amor casto empieza en sí mismo y en sí mismo termina, y está circunscrito en sus propios confines. El amor no busca, de suyo, la causa, ni el fin; amo porque amo, amo por amar. Abusa del amor el que lo saca fuera de sí mismo y lo transfiere a otra cosa extrínseca. Así pues, parece que hace un insulto a Dios y no un servicio, el que lo ama, no por sí mismo, sino porque busca otra cosa. Utilizar lo que se debe disfrutar es el colmo de la perversión, y el mismo Profeta parece repudiarlo cuando dice: *Te bendecirá, por haberlo tratado bien* (Sal 48,19).

3. El amor se hace fuerte con la esperanza

¿En qué quedamos? Si la cosa es así, ¿será ilícito acaso que los hijos esperen de sus padres la herencia y que los trabajadores exijan el fruto de su trabajo? Si se prescinde de la esperanza de una mejora, ¿quién se atreverá con empresas duras y quién desdeñará lo placentero de este siglo? Quita el premio, ¿quién se apuntará a una competición? Prescinde de la recompensa, ¿quién se alistará a una carrera? ¿Quién será capaz de sacar a los perezosos de su modorra, de infundir fuerzas a los luchadores, de levantar el ánimo de los débiles, si no es con el aliciente de una abundantísima paga y el generosísimo fruto de los bienes futuros? ¿Cómo iba a trabajar el labrador, cómo araría la tierra y sembraría en ella los granos, si no esperara una cosecha holgada a su tiempo? (2Tim 2,6). El Apóstol, después de haber combatido bien y haberse esforzado en la carrera, se gloría de que tiene reservada la corona de justicia (2Tim 4,7-8). Y el profeta Salmista, por haber guardado los mandamientos de Dios, habla de

una generosa paga para él, diciendo: *Tu siervo los guarda; por guardarlos hay gran galardón* (Sal 18,12). Muy tibio es el amor, si no lo despierta la esperanza, y la fuerza del amor es la esperanza. Así que ésta no debilita el amor, sino que, al contrario, lo robustece.

La esperanza añadida no lo desvanece, sino que lo embellece; el amor es hermoso en sí mismo, pero se hace fuerte con la esperanza. ¿Qué decir entonces a esto? Porque ciertamente no es poca la ambigüedad que surge.

17. Sin embargo esa ambigüedad desaparece si se toma un camino intermedio, de modo que ni el amor elimine la esperanza, ni la esperanza haga mercenario al amor, lo cual se logrará si todo lo que esperamos de la generosidad del dador, lo referimos por completo a él mismo como causa y como fin. Yo no te digo que ames a Dios sin recompensa, sino que busques al mismo Dios como recompensa de tu amor a él, y si pretendes de él alguna otra cosa, la busques por él y referida a él; de otro modo, actúas imperfectamente si amas a Dios sólo en razón de las ventajas y de la utilidad. Quien, efectivamente, ama a otro solamente por el provecho que de él espera obtener, no es un amigo muy del agrado del otro.

Por tanto, el deseo de la felicidad futura o de cualquier otra clase de premio, parece provenir exclusivamente de la concupiscencia, de forma que sólo te vaya bien con ella, y así tal amor no es perfecto, aunque sea lícito. La caridad, en cambio, es una amistad perfecta, porque, en efecto, por medio de ella intentas acercarte a Dios y unirte a él, y ese tal amor es santo y muy recto; cuando éste se da, aunque tenga todavía alguna adherencia de afecto sensible, no es ilícito, sino perfecto, a condición sin embargo de que cualquier comodidad o agrado en la felicidad te complazcan de modo que te una a Dios, fin tuyo, y le agrades a él y en él te goces. Así pues, podemos esperar lícita y santamente de nuestro Dios, a quien amamos, y pedirle, sin temor a ofenderle, todas las cosas, no sólo las espirituales, sino también las corporales. Ahora bien, la obra será perfecta, si le pedimos todo esto con la intención de serle con ello más gratos y de servirle mejor, de forma tal que nos agrade la mano del que lo da más que la dádiva misma y que el propio don redunde en gloria del dador.

Los Signos del Amor

18. Pero es ya hora de que volvamos al panegírico de esta gloriosa mujer, y, después de haber expuesto los motivos que tuvo para amar mucho, pongamos ahora de manifiesto las señales con que probó este gran amor. El amor es fuego, cuyo calor está oculto y cuyas llamas, por disimuladas que estén, no se pueden esconder: el amor no puede simular, ni disimularse. Si eres capaz de ocultar el

sol, podrás también esconder el amor. Porque es forzoso que irrumpa al exterior siquiera sea por signos conjeturales, y que un afecto tan potente y generoso llegue a conocimiento público tan pronto como haya invadido el alma.

Y sus signos ¿quién los desconoce, si no es el que ignora también lo que es amar? Son muchísimos los de un amor verdadero, los de *la caridad no fingida*. Hay, sin embargo, tres principales indicios, a saber: una conversación y trato agradables; el enfrentamiento a las dificultades; la renuncia a caprichos.

1. Conversar con el amigo

Son, en efecto, placenteras y dulces la contemplación y la presencia de la persona querida. Con ella, no se siente pasar el tiempo, ni el espíritu se cansa de la grata compañía y de la conversación amigable. Nunca se rehúyen, nunca resultan tediosos los agradables coloquios entre amigos, los repetidos encuentros y los frecuentes regalos de los que se aman. No sé yo ya a qué mayor intimidad aspiran. Desean tener un solo espíritu los que tienen un solo amor, y, si fuera posible, que el amante pasara por entero al amado.

Esto sólo lo pudo lograr aquel amor infinito de las divinas personas, que forman una trinidad y una unidad, y la enlazan con el vínculo de la paz, como dice Bernardo. Pues siendo el amor una fuerza transformativa, la fuerza infinita del amor transforma infinitamente, y, por cierto, unidad infinita equivale a identidad.

Esto ocurre, por tanto, en las personas divinas, a las que hace distintas la propiedad y las identifica el amor, y no podría consumarse el perfectísimo goce de las personas que se aman, si no fuera tan perfecta la indivisa unión entre sí. Pues, ¿cómo podría saciarse aquel infinito fuego de amor con que el Padre ama al Hijo, a menos que fuese perfectísima y completísima la unión entre el Espíritu de ambos y el Hijo, la más perfecta unión que pueda existir o imaginarse? Se trata de una identidad sin la que no puede saciarse plenamente el ardiente deseo que tiene la divinidad de un amor transformativo, ni sin ella puede aquietarse el infinito deseo de amor infinito. Porque el amor, cuanto más perfecto, tanto más poderoso es. De donde se sigue que el amor espiritual es mucho más tierno, mucho más placentero, mucho más persistente que el amor carnal y que el de los que se aman carnalmente.

19. El amor, en efecto, como dice Bernardo, es triple: bueno, indiferente y malo. El amor carnal es concupiscencia y en realidad no es amor, no merece ese nombre. El amor indiferente es el amor natural o mundano de los que se quieren sin que haya por medio pecado ninguno. El amor bueno es *la caridad,*

que nace de un corazón puro, y de una buena conciencia, y de fe no fingida (1Tim 1,5); y como es de gran valor, por eso es también raro, pues no es fácil encontrar este joya en el alma humana, ya que no viene del alma sino del cielo; no es una criatura de solo el corazón, es también un regalo de la gracia, y *un don venido de arriba, del Padre de las luces* (Sant 1,17).

Este tercer amor es tanto más dulce y tierno y deleitoso cuanto es más puro que los demás. No puede ser, es imposible encontrar jamás una suavidad y un gozo tan grandes en estos cariños mundanos como en el amor espiritual.

a) María Magdalena a los pies de Jesús

¡Cómo sería de agradable para María Magdalena un trato tan íntimo y tan frecuente con el Unigénito de Dios encarnado! Esto lo trasluce la lectura del texto evangélico, de cuando Jesús fue hospedado en casa de las dos hermanas. Marta andaba atareada con los muchos quehaceres del servicio. María, al contrario, *sentada a los pies del Señor*, se alimentaba sin moverse escuchando su palabra (Lc 19,39-40). Absorta, en efecto, y como arrebatada en éxtasis, contemplando aquel rostro divino y saboreando las palabras de miel salidas de la boca del Señor, ignoraba por completo todo lo que materialmente era necesario para el servicio puntual a tan importante huésped.

b) Quejas de Marta

Su hermana, cuya fuerza de amor había sido más represada, se lamenta ante el Señor de la insensibilidad de *la que dormía en paz allí mismo* (Sal 4,9), y como quejándose de su inacción y su desgana, le dice: "Señor, Señor, ¿es que no te importa...?" (Lc 10,40). Como diciéndole: "¿Cómo consientes que, a estas horas, mi hermana permanezca sentada como absorta a tus pies? ¿Es que ella no ve qué clase de huésped tenemos en casa? ¿No tiene en cuenta los sudores del camino, el cansancio de un trabajo continuado? Éste es tiempo de preparar de comer, no de escuchar; es la hora de poner la mesa, no de recibir enseñanzas. ¡Qué frescura!, ¡estando con hambre el Señor y fatigado, sentarse a sus pies y no preocuparse lo más mínimo de ofrecerle un alivio!... ¿Qué despreocupación es ésta? ¡Qué desidia, no importarle si el Señor come o no! ¡Qué afrenta! ¡Qué menosprecio!" –"No hay aquí afrenta ninguna, dice la otra. Nada de eso me preocupa; me tiene sin cuidado que tenga hambre o no; si come o no, no es cosa mía. Nada de eso me afecta –dice–. Yo me alimento de un dulcísimo manjar, yo me sostengo con néctar celestial. Si a los huéspedes celestiales les molesta mi demora, si les desazona mi dejadez, si alguien me tacha de perezosa o negligente, si alguien se enfada, si alguien murmura, yo no me siento avergonzada,

no me siento confundida, porque todo lo que me puede venir encima yo estoy dispuesta a soportarlo, con tal que nadie me prive de sus palabras de fuego y de su dulcísima presencia, ni me robe el gozo de su grata conversación".

c) La audacia desmesurada del amor

¡Maravillosa la fuerza del amor! El amor todo lo deja de lado, el amor todo lo supera. No hay ley que lo gobierne, ni mandato alguno que lo cohíba. No cede ante ningún obstáculo, no hay cadenas que lo aprisionen. Todo lo relativiza, todo lo subordina, piensa que todo le está permitido: él mismo es, para él, la norma y la razón; sólo se ocupa de sí. ¿Habéis oído nunca una queja más justa, una protesta más razonable que la de esta hospitalaria Marta? ¿Qué mujer podría considerarse más insolente y más despreocupada que María? Y sin embargo, el que conocía el fuego en que se abrasaba su corazón, no sólo no la condena, sino que incluso recomienda su sosiego más que la actividad de la hermana. La fuerza del amor obligó al justísimo juez a tomar partido a su favor, y una causa injusta la convirtió en justa para ella y, cual excelente abogado, mueve al juez a pronunciar sentencia a su favor. ¡Cuánta bondad! ¡Qué grande es la fuerza del amor!

d) María Magdalena en casa de Simón

20. Algo parecido nos ha contado la lectura evangélica de hoy, sobre lo que ocurrió en casa de Simón el leproso (Lc 7,36ss).

En efecto, estando el Señor sentado a la mesa con el fariseo, entró de improviso una mujer, llorando y lamentándose, con los cabellos sueltos, los vestidos desgarrados, cual si lamentara fuera de sí, una desgracia. Se introduce, pues, inoportuna ciertamente por tratarse de un convite, pero muy oportuna para lograr un beneficio, olvidando la altura de su condición social y la vergüenza de su sexo femenino, cuidando de no molestar a los comensales o de ser molestada por ellos. Sin decir palabra, sin pedir nada, colocándose a los pies del convidado, al que ella conocía perfectamente, los bañaba con sus lágrimas y los secaba con los cabellos de su cabeza. ¿Hay algo más desenfrenado, algo más insolente, actitud más desconsiderada?, ¿algo tan sin guardar las formas, tan extemporáneo, tan sin medida, tan sin razón? ¿No podía esperar un poco, hasta que el Señor saliera de la casa del fariseo?, ¿o en la misma casa, a que acabara el banquete? ¿A qué se debía esta conducta?

A que *amó mucho*, y el amor no soporta la espera. A causa del amor, no pudo abstenerse de mostrar sus heridas ella sola al médico solo. Pero son así

las cosas: no es muy grande el amor que establece medida en las cosas o exige formas razonables; porque la medida del amor es hacerlo todo sin media, y su razón, no atenerse a razones, pues hasta el amor espiritual es superior a toda ley, a toda razón, a toda medida (él mismo es la ley, y la razón, y la medida). Que se queje, pues, todo cuanto quiera Marta y que interpele al Señor contra su hermana: no será capaz de sacarla con sus quejas de junto a los pies de su amado; tan sujeta estaba allí como con clavos, y tan amarrada con las cuerdas del amor a él que ninguna fuerza la podría arrancar de su lado. Así que, déjala, por favor, déjala, Marta, que está abrasada de amor por dentro y la quema el fuego de la caridad. No te atrevas a acusarla, no la molestes, que no está en manos de uno que ama hacer otra cosa, ¿Por qué la perturbas? ¿Por qué la privas de sus consuelos? Siéntate más bien tú a los pies del Señor, y comprueba que, de verdad, *María ha escogido la mejor parte para ella* (Lc 10,42).

e) Acontece lo mismo en nuestra alma

21. Ahora bien, tengamos en cuenta, si no os parece mal, que esta lucha interior de la hermana se da con frecuencia en nosotros. Si a uno se le ha dado alguna vez la gracia de sentarse a los pies del Señor y oír de sus labios, con el oído íntimo de su corazón, palabras de dulzura, entonces sabe, no ya sólo de oídas sino por propia experiencia, que *su espíritu es más dulce que la miel* y su presencia *más que la miel y el panal* (Sir 24,27). El alma, en esta situación, desea quedarse así perpetuamente, diciendo como Pedro que *es bueno estarnos aquí* (Mt 17,14). Olvidándose no sólo de la vanidad pasajera, sino hasta de la caridad fraterna, y dejando de lado todos los ejercicios de piedad para con los que le rodean, anhela únicamente entregarse al ocio espiritual. Pero esto no lo soporta la importuna hermana, la carne, enemiga del sosiego, sino que porfía ante el alma que está sentada, ávida de gozar de las delicias del Señor, y murmurando y haciendo ruido, sacude su espíritu pacífico, le mete dentro las preocupaciones y, aunque ella se resiste, la instiga a que, dejando el consuelo de la dulzura interior, se levante de junto a los pies del Señor y se entregue al servicio de los afanes mundanos. No hay nadie que le eche una mano, nadie que proteja del importuno reclamo este glorioso no hacer nada, hasta que no llegue el tiempo, la hora *de descansar en paz de lo mismo* (Sal 4,9), cuando *mi alma te cante a ti y no se calle* (Sal 29,13).

Por lo demás, me da vergüenza, Señor, me da vergüenza de que a las cosas pasajeras me entrego gustoso, con alegría, y no me siento agobiado por un trabajo como ése de día y de noche, mientras que en tu servicio me empleo con una cierta pachorra e indolencia mental, y esto es señal de que en mí hay poco amor a ti y mucho amor a lo terrenal, pues es forzoso que cada cual se sienta a

gusto con aquello que ama, y no hay testimonio más evidente de amor que esta complacencia.

2. Hacer por el amigo trabajos difíciles

22. Pasemos ya a la segunda señal de amor, que es emprender cosas terribles y difíciles por amor a la persona amiga. Reparad, hermanos, en la sorprendente virtualidad del amor. Yo no sé por qué motivo esta inclinación afectiva se manifiesta más fuerte respecto a los extraños que a los propios y, si se trata de uno mismo, más tolerante que si se trata de otro. El hombre tolera con más paciencia las injurias y los insultos hechos a él, que los hechos a un amigo, y tratándose de sí mismo emprende con una cierta indolencia y lentitud lo que, si se trata de un amigo, lleva a cabo con decisión y celeridad.

Pero esto no es todavía tan claro en nosotros como en los animales. En ellos la fuerza del amor es tanto más ardiente y franca, cuanto más libre está del freno de la razón. La gallina, esa débil ave, salta como un águila a la cara del que pretende llevarle sus polluelos.

La mansa yegua se enfrenta como una leona contra el lobo que se mete en el recinto de su cría. Lo mismo la vaca, por otra parte tan dócil, se convierte en toro enfurecido para librar a su ternero de oso o del lobo hambriento. ¡Admirable la fuerza del amor! Por salvar a su cría, una fiera expone cuanto ella es; se olvida de sí misma y no calcula cuánta pueda ser la crueldad o la fuerza del depredador, está dispuesta como madre a oponerse a cualquier ferocidad por bien de sus hijos, sin tener en cuenta sus propias fuerzas ni las ajenas.

Se cree la débil avecilla que tiene fuerzas gigantescas en sus frágiles miembros, en su cuerpo tan tierno, y se atreve a luchar con cualquier animal impulsada por el amor. Por cualquier lado que se mire, ¡qué maravilloso, qué sorprendente es el sentimiento del amor!

Valentía de María Magdalena para ungir el cuerpo de Cristo

23. Ahora bien, pregunto: ¿Qué fiera se opone con mayor potencia y ardor al depredador de su ser querido, que esta mujer en defensa de su amado? Había contemplado primero el duro espectáculo de su cuerpo desgarrado y de su sangre vertida. Había presenciado las terribles torturas de la cruz, las afrentas sin cuento de los blasfemos, y lo había visto con sus propios ojos colgado en el patíbulo. Y al poco tiempo, una vez pasado ya el sábado, prepara ungüentos para el difunto, y, extenuada por aquella interminable noche en vela, estaba esperando las luces del amanecer, consumiéndose de amor por la demora. No

piensa que aquel cuerpo, para el que prepara los perfumes, está custodiado por varios soldados, y que el sepulcro se halla cercado todo él por gente armada. –Escúchame, María: ¿Qué osadía es ésa de salir al encuentro de soldados en armas, tú, mujer, débil e inerme? ¿Con qué arre-bato piensas arrancar a tan numerosos guardianes la presa del cuerpo santísimo? ¿No te das cuenta de la crueldad y perversidad de esta gente? ¿No viste los atroces ensañamientos del día pasado?

Te aplicarán a ti las mismas torturas y escarnios si te pillan los guardias en torno al sepulcro. Te acusarán de intento de robo y te aplicarán las penas por latrocinio. Esta gente está respirando odio contra el Señor crucificado y, si piensan que intentas robarlo, te pagarán esta piedad tuya con castigos terribles.

Nada de esto afectaba al amor ardiente de esta santa mujer, que para nada se preocupaba de sí misma. Estaba pendiente sólo de su amado; la traía sin cuidado lo que pudiese ocurrirle a ella con tal de cumplir con su deber de piedad para con un cuerpo exánime.

24. Calculad, hermanos, el grandísimo amor que tendría al Maestro en vida, ella que hasta se expone a morir por él ya difunto, no menos obsequiosa ahora con el muerto de lo que antes lo había estado cuando vivía. Pero lo que yo más admiro y me deja estupefacto es que, no sólo le importaba poco lo que a ella le pudiera ocurrir, sino que además no se paraba a pensar con qué medios podría conseguir lo que deseaba. Porque tú, ahora, María, estás sí dispuesta a morir y a soportar toda clase de torturas por Cristo, pero, ¿conseguirás hacer lo que deseas? ¿Tendrás la posibilidad de ungir su cuerpo, y de besar sus pies, y de limpiar sus sacratísimas heridas? ¿Piensas poner en fuga o ganarte a los guardias? Si hacerlos huir, ¿dónde tienes el ejército? Si seducirlos, ¿dónde tienes los regalos? Sin armas o dinero, no se rinde uno que está armado, no da marcha atrás el guarda.

Ella sólo piensa, mientras va de camino, en lo pesada que es la piedra, pues *se decían: ¿Quién nos quitará la piedra de la entrada del sepulcro?* (Mc 16,3). Como si no hubiera mayor dificultad y más peligro en el soldado que en la piedra... De nuevo me doy cuenta cómo esta dichosísima mujer lo decide todo sin cálculo ni razonamiento, movida únicamente a impulsos del amor y por un arrebato piadoso. Pero, al fin, *no quedó defraudada en sus deseos* (Sal 77,30), pues lo que parecía imposible se hizo realidad presente por sí solo, porque terminó encontrando más de lo que podía esperar. Tan cierto es que *todas las cosas cooperan al bien de los que aman a Dios* (Rom 8,28).

3. Renunciar a todo por el amigo

25. No habrá ya que detenerse en la tercera señal de amor, en sí menospreció por el Señor todo lo más estimado, ella que se menospreció incluso a sí misma por él. Porque –para decir muchas cosas de forma resumida– ella no sólo hizo de menos sus amplísimos bienes de fortuna, y todos los placeres, honras y poderío de este mundo y todo cuanto en él se puede desear, abandonándolo por completo, sino que, mujer apóstol (Jn 20,17), ascendido ya el Señor al cielo, después de predicar y convertir muchas almas a la fe cristiana, tras largas caminatas y agobiantes trabajos, después de sufrir muchas afrentas de parte del pueblo judío por defender la verdadera fe, soportando trabajosamente el larguísimo don de esta vida, al final se retiró a vivir en soledad en el desierto, donde se entregó por entero a la contemplación de su Esposo, hasta tanto no se le permitiera gozar de su gratísima visión.

a) María Magdalena lo deja todo por Jesús

Así pues, llevaba en la tierra una vida de cielo, era un ser angelical con miembros humanos; no comía, ni bebía, ni se trajeaba, suspirando sólo por el cielo, atenta sólo a lo eterno, recorriendo acá y allá, anhelante, aquellas vasta soledades. Al modo de una cierva herida por flechas portadoras de veneno, que, al sentir sus entrañas arder y abrasarse su interior, busca el alivio del agua refrescante, así aquella enamorada, encendida en deseos de su dueño y herida por la flechas de un amor en ascuas, se pasaba los días y las noches cantando al Señor con el Profeta: *Como suspira la cierva por las corrientes de aguas...* (Sal 41,2). Su cuerpo lo tendía, sí, en la tierra, pero su alma la tenía morando en el cielo. Se lamentaba a menudo de lo largo que se le hacía el destierro. Y así, inflamada en deseos del que tanto quería, llenaba de clamores y suspiros toda aquella soledad, invocando a las almas moradoras del cielo con ruegos constantes: *Os conjuro, hijas de Jerusalén, que, si hallareis a mi amado, le notifiquéis cómo me consumo de amor* (Cant 5,8). Decidle que mi alma se muere de sed, que está ardiendo mi corazón; a ver si tiene a bien dejarse ver de quien tan ávidamente lo busca.

26. ¡Qué extremos más distantes! ¡Qué gran diferencia entre el final y el principio de una vida! Es un placer toparse ahora con esta mujer solitaria, quemada por los ardores del sol, etiopisa sin duda de cuerpo, pero esplendorosa de alma, morando entre peñas y guijarros, y en las cárcavas de los montes, compañera de leones, osos y alacranes, y preguntarle: ¿No eres tú acaso aquella Magdalena poderosa y noble, que otrora con tu belleza hacías detener las miradas de competidores y que por tu singular encanto hacías perder la cabeza a los

hombres? ¿No eres tú acaso aquella insigne pecadora, llena de atractivos, que paseabas las pompas vanas de este mundo con gran ostentación y desbordante boato? ¿Dónde han ido a parar, te lo ruego, tan incalculables riquezas? ¿Dónde está la pléyade de sirvientes? ¿Dónde el brillo de las libreas? ¿Dónde la sensualidad de los perfumes? ¿Dónde aquellos montones de alimentos? ¿Dónde la pompa de reyes? ¿Dónde el resplandor de los brillantes? ¿Dónde los adornos de seda y el fulgor deslumbrante del oro? ¿Qué cambio es éste, qué forma de vida? ¿Qué hay de común entre ti y el desierto? —*No reparéis en que soy morena* —dice—, *porque el sol me ha robado el color* (Cant 1,5). No fue este sol el que ennegreció los miembros de mi cuerpo por fuera, sino que fue el Sol de justicia, el Sol de la caridad inaccesible, en cuyo amor me abraso, en cuyos esplendores me enciendo, el que me hizo cambiar de color; él fue quien hizo desaparecer por completo en mí todo el tinte de la vanidad terrena. Todo este cambio es obra del gran poder de él (Sal 76,11).

Ahora me doy cuenta, oh mujer dichosa, de que todos aquellos atractivos mundanos, no fue que los dejaras, sino que los cambiaste. En efecto, en vez de rebaños de criados para que te sirvan, tienes ahora espíritu angélicos a tu permanente disposición; y has cambiado la belleza y el ornato corporal en hermosura del alma, los afectos mundanos en anhelos celestiales; has trocado en amor de los ángeles el amor de los competidores; disfrutas de manjares del cielo en lugar de los de la tierra, y en lugar de tus piedras preciosas, has encontrado las otras mucho mejores y más apreciadas perlas del alma. ¡Oh realmente dichosa y en extremo bienhadada mujer, encerrada todavía en la carne del cuerpo, mereciste alistarte ya a los ejércitos celestiales y, agregada a los coros de los ángeles, cantabas al Señor con ellos maravillosos corales! ¿Quién ha visto jamás cosa igual? ¿O quién oyó nunca algo semejante? ¿A cuál de los santos se le concedió jamás un privilegio así, que sin dejar de vivir aún en esta tierra y en esta vida mortal, viviera a la vez entre ángeles y disfrutara de su conversación, su trato y su consuelo, como si ya viviera en la gloria? Ver de cuando en cuando un ángel, era ya bastante para testificar la santidad de su vida; por lo demás, disfrutar a diario de la compañía de ángeles fue un singular privilegio y una prueba irrefutable de la máxima dignidad.

Amaste mucho, María; pero no en vano, no inútilmente: porque fuiste mucho más amada por quien ya en esta vida te regaló con tan insigne santidad y con carismas tan numerosos. ¿Cómo será ahora la gloria de la que reina, cuál el ánimo de la que triunfa, si fue tanta la excelencia de la militante?

b) Su vida en el desierto

27. Dirijamos ahora unas palabras a nuestras propias personas, queridos hermanos. Os habéis percatado de lo dura, rigurosa y constante que fue la penitencia de esta tierna y delicada mujer.

Ella llevó durante treinta años —según se dice— una existencia solitaria y en pacífica y desigual compañía de ángeles y de brutos. ¿Qué podemos decir nosotros, pecadores, cargados de una aplastante cantidad de crímenes, muy robustos para la maldad y delicados para la penitencia? ¿Quién culpará ahora a su propia fragilidad? ¿Quién podrá pretextar las flaquezas de su cuerpo, cuando este mujer, delicada ella, hecha a vivir tantos años en comodidades, soportó tales rigores y asperezas en un tal largo periodo de su vida? Pudo ella vivir en la escabrosidad del monte, dormir en la tierra desnuda, sostener su vida con alimentos silvestres, ¿y tú, hombre barbado y duro, consideras penitencia insoportable los trabajos más leves y la normal moderación de la vida? Ya se ve que no tienes motivos para hablar de fragilidades: el hombre es más capaz de lo que se piensa y mucho más constante de lo que se cree. Una prueba de ello fue esta santa mujer. Es de creer que el Señor haya querido que ella precisamente tuviera una vida tan larga y morando en la soledad del desierto con una clara intención: para que, al ser ella perdonada, quedara para las generaciones futuras un ejemplo de la misericordia divina, y a la vez ella, con la autoridad de su vida, fuera como un modelo de arrepentimiento para todos, y para que así el pecador se animara a confiar en el perdón y a practicar la penitencia, y tuviese en ella un estímulo para esperar y alcanzar el perdón; porque en vano espera el perdón del pecado cometido, aquel que rehúsa arrepentirse.

Conclusión

El amor de María Magdalena nos invita a amar a Dios

Por consiguiente, que nadie se muestre blandengue consigo mismo al ver que la Magdalena obtuvo tan fácilmente el perdón y la misericordia; piense más bien en la penitencia que ella practicó. En efecto, ella, aun después de haber oído que estaba perdonada y de haberse asegurado bien, no por eso descuidó la penitencia, porque se acordaba de que había pecado. Tú, sin embargo, no has oído aún las palabras del Señor perdonando tus pecados y en una incertidumbre así y un tal peligro, ¿duermes nada seguro y, como si hubieras sido perdonado, te desentiendes de la penitencia? Pero, en caso de que seas flojo y descuidado en ella, al menos no dejes de amar. Escucha lo que dijo el Señor

refiriéndose a esta mujer: *Le son perdonados sus pecados, porque ha amado mucho* (Lc 7,47).

Hasta ahora no habíamos hablado de este exquisito fruto del amor, a saber, del perdón de los pecados. Porque los pecados no se perdonan sólo con el dolor, hace falta además el amor. Isaías lo atestiguaba: *Cuando el Señor habrá limpiado las inmundicias de las hijas de Sión y lavado la sangre con que está manchada Jerusalén, mediante el espíritu de justicia y el espíritu de celo* (Is 4,4). Llama *espíritu de justicia* al dolor, y *espíritu de celo* al amor. He aquí los dos antídotos para la salud: con estos medicamentos se cura la lepra de los pecados, se elimina la enfermedad, se recupera la salud, se preserva la vida; y finalmente se llega a la gloria imperecedera, gracias a la misericordia de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

Gracias a Dios.